

(Nota: Este es un testimonio acerca de Watchman Nee, escrito por un compañero de prisión que hizo contacto con el hermano Witness Lee una vez que fue liberado de la prisión y vino a los Estados Unidos. Este hermano llama al hermano Nee: "Tío Nee", lo cual es la manera respetuosa como los chinos se refieren a alguien mayor de edad. En realidad, esta persona no es el sobrino de Watchman Nee.)

Watchman Nee en prisión (por: nombre fue borrado)

Queridos hermanos y hermanas, soy de Shangai, China. Mi nombre es _____. Cumplí 68 años de edad este año (2003). Solía ser un maestro de colegio, pero fui acusado de ser contra-revolucionario en 1.960, debido a que estaba en contra de "las tres banderas rojas" y fui sentenciado a 7 años en una de las prisiones más grandes del lejano este, la prisión Ti Lan Chau de Shangai.

El hermano Nee fue arrestado en 1.952 y después de eso fue como si hubiera desaparecido de la tierra. Nadie sabe qué le sucedió. Pero, ¡alabado sea el Señor! que Dios tuvo misericordia de una pequeña persona como yo. El me amó y me preservó para que tuviera la oportunidad de decirles a ustedes todo lo que conozco acerca de la vida de Watchman Nee en prisión.

Estuve con el hermano Nee un total de de 9 años, desde 1.963 hasta 1.972 y solo estuvimos separados cerca de dos años en ese tiempo. Alabado sea el Señor que nos juntó de nuevo, tres años antes de que fuera a estar con el Señor. Hay una gran cantidad de testimonios durante esos años. Puesto que el hermano Nee era también un ser humano, quiero testificar acerca de este aspecto de él.

Debido a algunos ajustes, en 1.963 me trasladaron al mismo piso, al mismo grupo y dormía en la misma celda con el hermano Nee. A partir de ese momento jamás se rompería nuestra relación. La prisión de Ti Lan Chau era muy grande, con un total de 10 edificios. Cada edificio estaba compuesto de 5 pisos y en cada piso había 90 celdas. Si colocaban a tres personas por cada celda, cada edificio podría contener más 1000 internos. Conocer a una persona entre millares de personas en una prisión tan grande no era cosa fácil. Yo conocí al hermano Nee en la celda número 3, lo cual fue la soberanía del Señor. En nuestra celda estaba el Tío Nee, un muchacho de 20 años y yo. Este muchacho tenía problemas mentales y por tanto no podía hablar claramente. Lo único que podía decir era: "Oh, oh, oh...". El también era un contra-revolucionario.

Queridos santos, déjenme decirles que cuando llegué a esa celda no fui nada amistoso con el hermano Nee. No me gustaba. Yo era muy hostil con él y lo despreciaba. Tampoco me gustaba caminar con él. ¿Sáben por qué? Porque él era un líder de grupo. Los líderes de grupo estaban por encima de los internos. A mi juicio, los líderes de grupo querían impresionar a los guardias. Ellos eran los informantes del gobierno. Ellos mejoraban su situación tomando ventaja de otros para reducir sus propias condenas y aumentar las de los demás. Encima de todo, yo ni siquiera sabía por qué estaba allí. No había robado ni tampoco había matado a nadie... Todo lo que había hecho era decir algo y ahora no me dejaban salir. Por ese motivo, sentía miedo de él y no me gustaba hablarle. En nuestra celda había tres internos; uno tenía problemas mentales y no podía hablar, el otro era el hermano Nee, y yo. El permanecía escribiendo todo el tiempo. ¿Si él no me estaba reportando con el gobierno, entonces a quién estaba reportando? ¿Cómo podría hablar con una persona así? Yo no le dirigía ni una sola palabra durante las veinticuatro horas del día. El escribía justo al lado de la puerta. ¿Por qué se hacía allí? Nuestra celda media un metro y medio de ancho; si yo estiraba mis brazos, podía tocar las paredes. Tenía dos metros de largo con paredes en los tres lados y al frente una reja de hierro. Entraba un poco de luz por la puerta y por ese motivo el hermano Nee se sentaba justo en ese lugar. La comida y el agua eran colocadas enfrente de la puerta y no había necesidad de abrirla. Todo lo que necesitábamos hacer para alcanzarla, era sacar nuestra mano por entre la reja. Puesto que él estaba sentado al lado de la puerta, él nos

pasaba todas las cosas. Pero como yo no quería hablarle, jamás le di las gracias. Nuestra relación era bastante mala.

Por el arreglo soberano de Dios, algo sucedió. El único familiar que yo tenía era mi esposa. Ella se había graduado de la Universidad Marítima de Shangai y enseñaba química en la secundaria. Teníamos una hija. Las familias de los internos solo podían visitarlos una vez al mes, para traerles cosas. Puesto que mi esposa me amaba mucho, ella me visitaba mensualmente. Yo pensaba que ella seguía siendo una maestra, pero en realidad algo le había sucedido. Un día el rector del colegio le preguntó: "¿Señora _____, escuché que su marido es un contra-revolucionario y que se encuentra en prisión?" Ella contestó: "Sí". El dijo: "Usted debe divorciarse de él". Mi esposa replicó: "¿Por qué?" El dijo: "Esa es la política del gobierno. Las familias de los contra-revolucionarios no pueden ser maestros del pueblo. Su esposo es un contra-revolucionario y su manera de pensar es un problema. ¿Si usted lo contacta a él, cómo puede enseñar a los estudiantes? Por tal motivo debe divorciarse de él". Mi esposa dijo: "Cuando me case con él no era un contra-revolucionario; era un boxeador. El representó a Shangai en una competencia internacional. El se convirtió en contra-revolucionario después de casarse. Si yo me divorcio ahora y me caso con otra persona, no hay ninguna garantía de que el otro hombre también se convierta en contra-revolucionario en el futuro. ¿Será entonces que en ese momento debo divorciarme y casarme de nuevo? Adicionalmente tenemos una hija y soy una persona muy joven. Si me caso de nuevo tendré más hijos y eso no será bueno para ellos. Más aún, _____ fue sentenciado a siete años; puedo esperarlo y luego edificar el socialismo juntos. Todavía podemos ser esposo y esposa". Lo que ella contestó tenía mucho sentido, así que el rector del colegio no argumentó con ella. Pero ellos no se dieron por vencidos. Poco tiempo después, el rector volvió a preguntarle: "¿Ya tomó una decisión en cuanto al asunto que hablamos?" Ella contestó: "No hay la más mínima probabilidad". El rector le contestó: "Entonces no hay la más mínima probabilidad que siga con nosotros. Esa es la política. Entréguenos su permiso de trabajo. Si usted no se divorcia, debe salirse de este colegio". Anteriormente la situación era completamente diferente; pero una vez que abandonó el colegio, se quedó sin trabajo. No había nada que ella pudiera hacer. Ella lloró todo el camino de regreso a casa, porque su futuro era completamente incierto. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué hago para vivir? ¿Qué puedo hacer por mi hija? Cuando regresó a casa, se aferró a nuestra hija y nadie estuvo allí para reconfortarla.

Más adelante cuando fue a visitarme me contó todo. Después de escucharla sentí mucha rabia. Eso no tenía ningún sentido. Ya había sido acusado de contra-revolucionario sin ninguna razón y ahora tampoco permitirían que mi esposa y mi hija siguieran visitándome. Mi esposa dijo: "Hoy tuve que vender mi reloj para poder venir. No sé que hacer en el futuro". Queridos santos, yo nunca había hecho nada malo, no era un nacionalista ni tampoco un espía, tampoco era un terrateniente. ¿Qué clase de contra-revolucionario era? Jamás había pegado un volante contra-revolucionario en la calle. ¿Cómo podía ser un "contra"? No podía comprender, ¿pero, qué podía hacer? Mi esposa lloró mucho, pero yo no derramé ni una sola lágrima. Yo había crecido bajo el régimen comunista y ellos me habían enseñado a no derramar lágrimas frente al enemigo. Hoy no derramaré ni una lágrima. Yo no era su enemigo; inclusive lo apoyé. Tenía tan solo doce años cuando los comunistas se tomaron el poder. Inclusive estuve en la celebración del Ejército del Pueblo. Pero **ellos** me obligaron a ponerme del lado del enemigo. Los cinco minutos de visita terminaron rápidamente y mi esposa se fue con la niña. Yo me quedé quieto, mirándola, sin saber qué hacer. No estoy seguro si ella se divorció de mí. De repente, ella se volteó hacia mí y gritó: "¡Cuídate tú solo!". Todavía escucho ese grito en mis oídos, pues me rompió el corazón. No podía hacer nada; no podía escapar y pelear en contra de ellos. Lo único que podía hacer era permitir que continuaran torturándonos.

El guarda me empujó de regreso a mi celda y allí derramé algunas lágrimas. En nuestra celda no había un escritorio, un asiento o una cama, así que lloré contra la pared. Entonces, de repente alguien tomó mi mano. Yo sabía que tenía que ser el Tío Nee que tanto me incomodaba y me enojé. Para mí era la persona más depreciable. ¿Por qué tomaba mi mano? Si ni siquiera le hablaba, ahora mucho menos necesitaba su compasión. Puesto que yo había sido boxeador y era

joven, tuve la intención de sacudir su mano de la mía. Por otro lado, él estaba enfermo del corazón. Todo lo que necesitaba era sacudir mi mano para arrojarlo contra la puerta. Entonces, queridos santos, sucedió algo extraño; fue como un milagro. No pude levantar mi mano. Aunque el Tío Nee no era una persona fuerte e intenté por lo menos tres veces, simplemente no pude levantar mi mano. Entonces escuché que el Tío Nee decía: "*____, simplemente lllore. Es mejor si usted llora fuertemente y se sentirá mejor*". Esto realmente me conmovió, debido a que la política de la prisión era que no se podía llorar en voz alta porque todos los internos estaban deprimidos. Si yo lloraba, otros llorarían y toda la prisión entraría en llanto. Eso es malo cuando se trata de re-educar a las personas. Yo pensé que el Tío Nee me iba a decir: "*No lllore _____. Es equivocado llorar. Usted necesita ser re-educado*". Puesto que él era un líder de grupo, debería estar del lado del gobierno. Jamás se me ocurrió que él me iba a decir que podía llorar fuertemente. Debido a esto, mi visión hacia él empezó a cambiar. Entonces comencé a gemir, sin importarme si lo hacía fuerte o no. Tampoco me importaba si el guarda de la prisión venía a golpearme o a matarme. Puesto que ya había perdido a mi familia, no me importaba morir. Lo extraño es que el guarda de la prisión no vino. Lloré hasta que quedé exhausto. El Tío Nee me dio una toalla para limpiarme y me dio agua. A partir de ese momento comencé a hablarle. Le conté todo lo que me había sucedido y me sorprendí de su franqueza porque también me contó lo que le había pasado a él y a su familia. A partir de ese día empezamos a conversar más y más. Me contó que él era una persona muy ocupada, que era cristiano y también me dijo que su esposa lo amaba mucho. Su esposa tenía la presión arterial peligrosamente alta (140/200) y hasta más. Por tal motivo, ella podía morir a cualquier momento. Sin embargo, él pensaba que todo dependía del apoyo y la misericordia del Señor. El deseaba terminar su condena pronto, para poder salir y estar con su esposa. Si su condena se prolongaba y su esposa moría antes, jamás vería a su esposa de nuevo en esta era. Su esposa era igual a cualquier esposa que ama a su marido. El también me dijo muchas otras cosas. Me dijo que un cristiano jamás debería oponerse al líder de un país, debido a que todas las autoridades han sido puestas por el Señor. El me estaba predicando el evangelio. Fue entonces cuando pensé que yo era inocente y todo parecía indicar que él también. El no estaba en contra del gobierno, pero ellos decían que él era un contra-revolucionario. ¿Será que no se habían dado cuenta que él obviamente era inocente? Entonces le pregunté: "*Todavía cree en el Señor?*" El contestó: "*Usted no cree; yo creo. Usted no ve; yo veo*". Esta es una cita textual que todavía recuerdo.

Hace unos 24 años me visitó un hermano y le narré el milagro. Le pregunté: "*No entiendo lo que sucedió. ¿Por qué no pude levantar mi mano? Yo era muy fuerte, pero él sostuvo mi mano suavemente y no pude sacudírmela de encima*". El hermano me contestó: "*Nunca hubieras sido capaz de levantarla. El Señor no hubiera permitido que lo hubieras hecho*". Finalmente comprendí que yo era simplemente una persona baja. El Señor me encontró y me escogió. Jamás seré capaz de levantar mi mano.

Después de eso, nuestra relación mejoró y hablamos mucho. El otro interno, el que tenía problemas mentales, también estaba muy contento y se reía. De hecho, él decía muchas cosas pero yo no le entendía nada; cuanto mucho el cincuenta por ciento. No obstante, el Tío Nee le entendía todo y me traducía lo que él decía. Así que éramos tres pobres personas viviendo juntas. Sin embargo la paz no duró mucho tiempo. Un día vino el guarda de la prisión y llamó al Tío Nee para que saliera. La reunión duró mucho tiempo, inclusive hasta después del almuerzo. Como ya teníamos una buena relación, le empaqué su almuerzo en un trapo. Si hubiera sido en el pasado, no me habría importado y hasta habría tirado su almuerzo. Cuando regresó a la celda, estaba un poco molesto y se sentó en el piso. Le pregunté: "*¿Qué sucedió?*" El respondió: "*Ellos quieren que yo abandone mis creencias*". Entonces le dije: "*¿Estuviste de acuerdo?*" El replicó: "*Ellos quieren que yo abandone mis creencias y entonces me podré ir a casa*". Entonces dije: "*¿Y no estuviste de acuerdo?*" El contestó: "*No, no lo estuve. Allí estaban conmigo dos personas más. Una se llamaba Lang y el otro Chang. Lang era el presidente de uno de los principales hospitales de Shangai, mientras que Chang era el alcalde de una provincia. Ambos eran muy prominentes en la Iglesia Católica*". Entonces le pregunté: "*¿Y qué pasó con esos dos?*" El contestó: "*Ambos renunciaron. Ya se darán cuenta*". Muy pronto se encendieron los parlantes de la prisión y el encargado de la

prisión anunció: *"Ahora tenemos a dos internos que han cambiado su manera de pensar, por medio de la re-educación que les ha brindado el gobierno, y están dispuestos a abandonar sus creencias pasadas y su posición contra-revolucionaria. Ahora, ellos dirán unas palabras"*. Entonces Lang y Chang hablaron. Primero culparon a la Iglesia Católica, diciendo que era una agencia de inteligencia del imperialismo y que era contra-revolucionaria. Dijeron que habían sido engañados, pero que mediante la re-educación del gobierno estaban dispuestos a abandonar la superstición, a abandonar el grupo contra-revolucionario y a arrepentirse cabalmente. Ambos lloraron. Después que terminaron, el encargado de la prisión anunció que ellos serían liberados con su aprobación muy pronto. Inclusive que se podrían ir a sus casas ese mismo día. Queridos santos, cuando escuchamos esto, toda la prisión quedó sorprendida, incluyéndome a mí. El Tío Nee estaba justo enfrente de mí y yo le miré fijamente. Le dije: *"Hace unos días usted me dijo que su esposa era muy buena con usted y que se amaban el uno al otro. Adicionalmente su esposa no tiene una buena salud y usted la extraña mucho. Existe la posibilidad de que el Gobierno del Pueblo lo libere. Todo lo que se necesitaba era que usted dijera que se había dado por vencido. ¡Lo único que tenía que hacer era abrir su boca para irse a casa y no lo hizo! ¿Qué clase de persona es usted? ¿A tal punto cree en el Señor? No lo entiendo..."*. La libertad es algo precioso. Pero el Gobierno del Pueblo le ofreció la libertad al Tío Nee y él no la quiso recibir, debido a que él creía y amaba al Señor. El Tío Nee había entregado todo por el Señor, su vida, el amor e inclusive la libertad. Yo estaba realmente impactado. Los comunistas estaban tratando de socavar su alma para tratar de afectar al Tío Nee. Puesto que él no se había dado por vencido, el gobierno liberó a dos internos en su presencia. Pero él no se inmutó ni esta situación socavó su alma. Sin embargo sí socavó mi alma. Yo sabía que esta persona no era muda ni tenía problemas mentales. Debería existir una razón para que él creyera en el Señor de esa manera. Puesto que creer en el Señor parecía ser algo tan bueno, decidí creer en el Señor también, así como el Tío Nee. A partir de ese momento, sentí que debía creer en el Señor. De hecho, todos deberíamos creer en el Señor, ya que lo necesitamos para ser redimidos y para ser salvos.

Algunos santos me han preguntado: *"¿Qué libro leíste del Tío Nee para tornarte al Señor?"* Mi respuesta es que jamás leí ningún artículo suyo para creer en el Señor. Yo no creí en el Señor debido a que leí un artículo suyo. Tampoco llegué a creer en el Señor cuando lo conocí por primera vez. Primero lo conocí y luego creí en el Señor. Existe un dicho en el idioma chino que dice que educar con palabras es menos efectivo que educar con acciones. Yo ví la manera como él actuaba y fui afectado y creí. El Tío Nee era un ser humano. Yo creí en el Señor debido a que conocí a esta persona subjetivamente y eso ejerció una profunda influencia en mí. Esa fue la manera en que fui salvo por medio del Tío Nee. Estando en prisión, el Tío Nee jamás se puso en pie y levantó su brazos diciendo en voz alta: *"¡Amigos, todos ustedes deben creer!"* Y luego, miles de ellos fueron salvos. Tampoco es verdad que él haya peleado contra los comunistas hasta el final, llegando a ser un héroe en la prisión. Eso es mentira; las cosas no sucedieron así. El Tío Nee simplemente nunca abandonó sus creencias. Necesitamos decir la verdad y yo estoy testificando en Cristo. Mi conciencia ha sido tocada por el Espíritu Santo para testificar esto.

La segunda vez que nos encontramos fue en el Campo de Trabajo de Bai-Mao-Ling, en la provincia de Ann-Huey. Allí permanecemos juntos durante otros cinco años. Cuando nos encontramos, ambos quedamos muy impresionados... El ya era muy viejo, estaba muy débil y casi no podía caminar. Donde nosotros vivíamos estábamos a 60 o 70 metros de la cafetería, en la parte más baja. La cafetería estaba ubicada en la parte alta, cerca de la carretera. Para poder ir a la cafetería era necesario trepar dos pequeñas colinas y cruzar la carretera, pero eso era imposible de llevar a cabo por el Tío Nee. Por tanto, todos los días necesitaba llevarle las comidas a él. Un día el guarda me llamó a su oficina para preguntarme por qué tenía que llevarle la comida a Watchman Nee todos los días. Le contesté: *"El está viejo y débil; no hay manera que él pueda trepar las dos colinas. Me parece correcto ayudarlo y llevarle la comida"*. Sin embargo, el guarda se puso serio y dijo: *"¡Tonterías! El aparenta estar enfermo. Dígale que él debe ir por su comida. Usted no va a ayudarlo más"*. Era muy claro que ellos estaban tratando de darle problemas al Tío Nee, así que no quise escucharles más.

Pocos días después estaba tomando la comida de la cafetería y el encargado de la cocina me dijo: *"El guarda me notificó que nadie estaba autorizado para llevarle la comida a Watchman Nee. Que él tenía que venir personalmente"*. Así que regresé a mi cuarto y le conté todo al Tío Nee. Él era una persona que comprendía las cosas, así que le dije que debía hacer algo al respecto. Me senté enfrente de él esperando escuchar sus ideas. Después de un largo tiempo, finalmente me dijo: *"Sencillamente lo voy a dejar así"*. Me sorprendí mucho. ¿Dejarlo así? Obedecer el *"arreglo del Señor"*? Yo estaba muy preocupado y furioso. ¿Cómo podía haber dicho eso? Le dije: *"¿Acaso no quiere comer?"* No tenía deseos de discutir, así que simplemente compartí mi comida con él. En ese momento, alabado sea el Señor, Él me dio una buena idea a una persona tan necia como yo: Yo solo recibía 5 gramos (medida China) de comida. Podía decirle al encargado de la cocina que había trabajado mucho y que necesitaba más gramos. Los de la cafetería no sospecharían de eso y así podría compartir 2 gramos con el Tío Nee. Puesto que él estaba tan viejo, eso sería suficiente. Yo podía comer solo 4 gramos y aunque era menos de lo normal, podría sobrevivir. Todos los días compartíamos la comida así y finalmente sorteamos la dificultad.

Un día en 1.971, el guarda me permitió llevarle una carta al Tío Nee. La carta decía que su esposa, la Tía Nee, se había caído de un asiento y se había quebrado dos costillas. Que se encontraba en el cuarto de emergencias en ese momento. Le dije al Tío Nee que no se preocupara y al mismo tiempo solicité un permiso para visitar a su familia en Shangai. De hecho, estaba considerando ir con él ya que el Tío Nee y yo habíamos cumplido nuestra sentencia. Pero en 1.966 hubo la Revolución Cultural en China y ninguno de los prisioneros podía ser liberado. No obstante, las políticas decían que uno podía ir a visitar la familia una vez al año, durante medio mes. Yo pensé que con el gran acontecimiento que había sucedido en casa, nos dejarían ir para visitar a la familia. Al principio, el guarda le dijo al Tío Nee que iban a pensarlo. Luego le dijeron que debido a que tenía un grave problema en el corazón y que casi no podía caminar, ¿cómo podría ir a Shangai? El Tío Nee les dijo que yo podía acompañarlo y el guarda dijo que iban a pensarlo. Esperamos durante dos semanas. Cuando le preguntamos al guarda de nuevo, él nos puso una cara seria y dijo: *"¿Qué pueden hacer? Ustedes no son doctores. Además, sabemos que su esposa ya está bien. Hemos considerado que no vamos a aprobar su solicitud"*. El Tío Nee no discutió con ellos. Tampoco permitió que yo discutiera con ellos. Sencillamente regresamos a nuestro cuarto y oramos en silencio. Algunos vieron que sus labios se movían y me preguntaron: *"¿Nee está orando, verdad?"* Les contesté: *"No. El solo practica Chi"*. El guarda también me preguntó y yo le contesté la misma cosa. Sin embargo, sé que el Tío Nee no cesó de orar durante un día completo.

Finalmente, un día que regresé de trabajar vi al Tío Nee con lágrimas en su rostro. La Tía Nee había muerto y él estaba muy triste. Traté de consolarlo y de nuevo solicité permiso para ir al funeral. Pensé que esta vez sí deberían aprobar el permiso. Pero no podía creer que después de esperar por tanto tiempo, no quisieron aprobarlo. El guarda dijo: *"¿Si ella está muerta, para qué necesitan ir allá? Queridos santos, ¿quién ha sufrido tanto como él? El corazón del Tío Nee estaba destrozado. Pero debido a que él amaba al Señor y estaba firme en Él, pudo sobrellevar la situación."*

El Tío Nee amó al Señor toda su vida y sufrió en gran manera. Después de unos pocos días ya estaba fuera de su agonía, su vida regresó a la normalidad y persistió en su oración diaria. Nueve meses después fue trasladado a la Montaña Bai-Yun, la cual estaba ubicada en el campo, al este de la provincia. El Tío Nee, un paciente con una enfermedad en el corazón, se despidió de nosotros sentado en un tractor. Tres días después nos enteramos que había fallecido.

Además del sufrimiento físico, el Tío Nee sufrió más psicológicamente. Él sufrió todo esto y no ganó nada para su vida, pero ganó al Señor. A través de él podemos ver al Señor. Él era un vaso que contenía un tesoro en su interior.

Hoy día podemos gritar libremente: *"¡Oh, Señor te amo!"*. En la China también es posible gritar: *"¡Oh, Señor te amo!"*. Pero en aquel entonces, bajo el gobierno de la extrema izquierda, no se podía hacer eso. El Tío Nee amó al Señor toda su vida, pero estuvo limitado durante veinte años.

Aquellas personas no le permitían decir: "*¡Oh, Señor te amo!*". Imagínense que durante veinte años no pudieran decir: "*¡Querida madre, te amo!*" ni tampoco "*¡Querida hija, te amo!*" o "*¡Querida esposa, te amo!*". ¿Serían capaces de sobrellevar eso? Sin embargo el Tío Nee fue capaz de sobrellevar todo eso. Por causa de esto, qué tal si gritamos tres veces: "*¡Señor te amo!*", "*¡Señor te amo!*", "*¡Señor te amo!*".

Palabras del ministerio:

Fil. 4:4—Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez diré: ¡Regocijaos!

"Dios no nos ha mandado que nos regocijemos en nuestro entorno, en las cosas que nos pasan, o en cualquier clase de felicidad. Dios nos dice que nos 'regocijemos en el Señor'. El mundo puede oponerse a nosotros, malinterpretarnos, rechazarnos, y atraparnos, pero nadie puede cubrir el cielo de nosotros. El Señor nunca cambia. El mundo pudo poner a Pablo en la prisión y encerrarlo, pero no pudo mantener alejado al Señor en su interior. Por lo tanto, Pablo y Silas fueron capaces de cantar y alabar a Dios dentro de la celda en la prisión. Debemos estar claros en una cosa: no se regocijen en su entorno; en lugar de eso, regocijémonos en el Señor. Cuando los amigos y los parientes estén lejos y cuando el corazón esté herido y llore, podemos ser consolados y regocijarnos si miramos al Señor que nos ama y a quien amamos. Él es suficiente para satisfacer nuestro corazón. ¡Pero los cristianos son muy olvidadizos! ¡Podemos escuchar acerca de esto hoy, pero olvidarlo mañana! Por esta razón, Pablo volvió a decir: 'Otra vez diré: ¡Regocijaos!' La intención de Dios es que nos regocijemos. Por lo tanto, pase lo que pase, debemos regocijarnos".